

Índice

PORTADA

PRÓLOGO: EL PEOR CUMPLEAÑOS DE MI VIDA

1. ¡TENGO LA REGLA!

2. ¡ME VUELVO PELUDA!

3. ¡NO SÉ CÓMO LLAMAR A MIS PECHOS!

4. ¡SOY FEMINISTA!

5. ¡NECESITO UN SUJETADOR!

6. ¡SOY GORDA!

7. ¡TROPIEZO CON ALGO DE MACHISMO!

8. ¡ESTOY ENAMORADA!

9. ¡VOY A UN STRIPTEASE!

10. ¡ME CASO!

11. DESCUBRO LA MODA

12. POR QUÉ DEBERÍAS TENER HIJOS

13. POR QUÉ NO DEBERÍAS TENER HIJOS

14. MODELOS A SEGUIR Y LO QUE HACEMOS

15. ABORTO

16. INTERVENCIÓN

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

NOTAS

CRÉDITOS

COMO SER MUJER, de Caitlin Moran

PRÓLOGO: EL PEOR CUMPLEAÑOS DE MI VIDA

WOLVERHAMPTON, 5 DE ABRIL, 1988

Aquí estoy, el día en que cumpla trece años. Corriendo. Huyendo de los Vándalos.

–¡Eh, tío!

–¡Desgraciado!

–¡Tío!

Estoy huyendo de los Vándalos en el parque que hay al lado de casa. Es el típico parque de la Inglaterra de finales de la década de 1980. Nada de pavimentos de seguridad, ni diseños ergonómicos ni, menos aún, listones de madera en los bancos. Todo está hecho con cemento, botellas de cerveza rotas y malas hierbas.

Mientras huyo, estoy completamente sola. Siento con horror su aliento en el cuello, alcanzándome. He visto documentales parecidos. Sé lo que está pasando. Es evidente que hago el papel de «débil antílope separado de la manada». Los Vándalos son «los leones». Y sé que esto nunca acaba bien para el antílope. Pronto desempeñaré un nuevo papel: el de «la comida».

–¡Ja, ja, ja! ¡Quinqui!

Llevo botas de agua, gafas de la Seguridad Social con las que me parezco a Alan Bennett, y el largo abrigo militar de mi padre. Reconozco que mi aspecto no es muy femenino. Diana, la princesa de Gales, es femenina. Kylie Minogue es femenina. Yo soy... no-femenina. Así que comprendo la equivocación de los Vándalos. No tienen pinta de haberse interesado mucho ni por a) la iconografía de la contracultura, ni por b) la imagería inspiradora de los travestis radicales. Supongo que se sentirían igual de desconcertados con Annie Lennox o con Boy George cuando aparecieron en *Top of the Pops*.

Si no estuvieran tan ocupados dándome caza, probablemente les explicaría algunas cosas. Les contaría quizá que he leído *El pozo de la soledad* de Radclyffe Hall, la famosa escritora lesbiana que siempre llevaba pantalones, y les hablaría de la necesidad de abrir la mente a otras alternativas en el modo de vestir. Es probable que también les dijera algo de Chrissie Hynde. Ella lleva trajes sastre masculinos. Como Caryn Franklin en *The Clothes Show...* ¡y está guapísima!

–¡Ja, ja, ja! ¡Quinqui!

Los Vándalos se detienen un momento y parecen hablar entre ellos. Yo aminoro mi trote, me apoyo en un árbol e hiperventilo frenéticamente. Estoy reventada. Con algo más de ochenta kilos, lo cierto es que no estoy hecha para cacerías trepidantes. Me parezco más a Elmer Fudd que a Zola Budd.¹ Mientras recupero el aliento, medito sobre mi situación.

Sería increíble, pienso, tener un perro. Un pastor alemán bien adiestrado que atacara a esos chicos, casi despiadadamente. Un animal en completa armonía con el miedo y la aprensión de su dueña.

Observo a Saffron, mi pastor alemán, a unos doscientos metros. Se revuelca con regocijo en una caca de zorro, agitando alegremente las patas en el aire. Parece tan feliz. Hoy está teniendo mucha suerte. El paseo es mucho más largo, y más rápido, de lo habitual.

Aunque es obvio que hoy no es mi día, no dejo de sorprenderme cuando los Vándalos, después de su *tête-à-tête*, hacen una pequeña pausa y luego empiezan a tirarme piedras. Se están pasando, me digo. Y echo a correr de nuevo.

¡No es necesario que os molestéis tanto!, pienso indignada. ¡Ya me teníais machacada! Sinceramente, bastaba con llamarme «quinqui».

Sólo unas pocas piedras logran alcanzarme, y es evidente que no me hacen daño: este abrigo ha pasado una guerra, seguramente dos. Los guijarros no son nada para él. Está fabricado a prueba de granadas.

Pero la intención es lo que cuenta. ¡Mira que perder todo este tiempo conmigo cuando podrían dedicarse a cosas más provechosas, como esnifar disolventes o toquetear chicas que se visten realmente de chicas!

Como si me leyera el pensamiento, al cabo de un minuto más o menos los Vándalos empiezan a cansarse de mí. Es como si yo fuera el antílope de ayer. Sigo corriendo, pero ellos se han parado, arrojando de vez en cuando una piedra en mi dirección, con la mayor tranquilidad, hasta que estoy fuera de su alcance. Los insultos continúan, sin embargo.

–¡Eh, tío! –grita el más fornido de los Vándalos como un mensaje de despedida a mi espalda que se aleja–. ¡Tú..., marica!

Llego a casa, y lloro en los escalones de entrada. Mi casa está demasiado abarrotada para llorar dentro. Lo he intentado otras veces: empiezas a explicar entre sollozos por qué lloras a una persona y, en mitad de la historia, llega otra que quiere saberlo todo desde el principio; y cuando te das cuenta, has repetido seis veces la parte peor, y estás tan histérica que no se te quita el hipo en toda la tarde.

Cuando vives en una casa pequeña con cinco hermanos menores es mucho más sensato, y mucho más rápido, llorar a solas.

Miro a la perra.

Si fueras un sabueso bueno y leal, me secarías las lágrimas a lametones, pienso.

En vez de eso, Saffron se lame ruidosamente sus partes.

Saffron es nuestra perra nueva: «la estúpida perra nueva». Y también una «perro que no es de fiar»; mi padre la «consiguió» en uno de esos negocios que realiza periódicamente en el pub Hollybush, y que implican que nosotros le esperemos dos horas en la furgoneta, mientras él nos trae de vez en cuando una bolsa de patatas fritas o una Coca-Cola. De pronto sale a toda velocidad con algo tan absurdo como una bolsa de grava o la estatua de un zorro de cemento sin cabeza.

–Ahí dentro se están poniendo las cosas feas –dice antes de pisar a tope el acelerador, cabreado.

En una de esas ocasiones, la cosa absurda que llevaba en brazos era Saffron, un pastor alemán de un año.

–Era un perro policía –dijo orgulloso, metiéndola con nosotros en la parte trasera de la furgoneta, que enseguida puso perdida de caca.

Ciertas pesquisas posteriores revelaron que, aunque había sido un perro policía, sus entrenadores no habían tardado ni una semana en descubrir que sufría un profundo trastorno psicológico, y tenía pavor a:

- 1) los ruidos fuertes,
- 2) la oscuridad,
- 3) la gente,
- 4) los otros perros,
- 5) y sufría incontinencia por estrés.

Con todo, es mi perra y, en teoría, la única amiga que tengo que no es de mi familia.

–¡Quédate a mi lado, vieja amiga! –le digo, limpiándome los mocos en la manga, dispuesta a animarme de nuevo–. ¡Va a ser un día estupendo!

Dejo de llorar y salto la valla lateral para entrar por la puerta trasera. Mamá está en la cocina, «preparando la fiesta».

–¡Vete al salón! –me dice–. ¡No te muevas de allí! ¡Y NO MIRES LA TARTA! ¡Es una sorpresa!

El salón está abarrotado. Mis hermanos han salido de todos los rincones de la casa. En 1988 somos seis, al cambiar de década seremos ocho. Mi madre es como una cadena de montaje de la casa Ford, y cada dos años fabrica, con la precisión de un reloj, un bebé pequeño y gritón, con lo que nuestra casa está hasta los topes.

Caz (dos años menor que yo, pelirroja, nihilista) está tumbada en el sofá. Ni se mueve cuando entro. No tengo otro lugar donde sentarme.

–¡EJEM! –exclamo, señalando la insignia que llevo en la solapa. En ella se lee: «¡¡¡¡Hoy es mi CUMPLEAÑOS!!!!» Olvido mis penas. He conseguido dejarlas atrás.

–Dentro de seis horas habrá terminado –me contesta, tajante, inmóvil–. ¿Por qué no acabamos ya con esta farsa?

–¡Sólo nos quedan seis horas de DIVERSIÓN! –digo–. Seis horas de FIESTA DE CUMPLEAÑOS. ¿Quién SABE lo que puede pasar? Después de todo, ¡ésta es una CASA DE LOCOS!

Mi optimismo, por lo general, no tiene límites. Poseo todo el entusiasmo de una idiota. Ayer anoté en mi diario: «He cambiado la freidora de encimera, ¡y queda GENIAL!»

En mi lugar favorito del mundo, la playa sur de Aberystwyth, desemboca un caudal de aguas residuales.

Estoy absolutamente convencida de que la estúpida perra nueva es la reencarnación de nuestro perro anterior, aunque ella naciera dos años antes de que muriese él.

–¡Son los ojos de Sparky! –insisto, mirando a nuestra estúpida perra nueva–. ¡Sparky NUNCA NOS DEJÓ!

Poniendo los ojos en blanco con desdén, Caz me da su felicitación. Es una fotografía mía en la que ha dibujado una nariz que ocupa aproximadamente tres cuartas partes de la cabeza.

«Recuerda: prometiste marcharte de casa al cumplir dieciocho años para que yo pueda quedarme con tu cuarto», ha escrito en su interior. «¡Sólo quedan cinco años! ¡A no ser que te mueras antes! Besos, Caz.»

Weena tiene nueve años. En su felicitación también habla del día en que me vaya y le ceda mi cuarto: sólo que en su caso lo dicen unos robots, y eso lo hace menos «personal».

El espacio está muy solicitado en nuestra casa, como prueba el hecho de que yo siga sin encontrar dónde sentarme. Estoy a punto de hacerlo sobre mi hermano Eddie cuando aparece mamá con un plato lleno de velas encendidas.

–¡Cumpleaños feliz! –me cantan todos–. Fui al ZOO. Vi un MONO GORDO y ¡creí que eras TÚ!

Mamá se agacha hasta el suelo, donde estoy sentada, y sujeta el plato delante de mí.

–¡Sopla las velas y pide un deseo! –exclama alegremente.

–No es una tarta –digo–. Es una *baguette*.

–Rellena de queso Philadelphia –responde mamá, divertida.

–Es una *baguette* –repito–. Y sólo tiene siete velas.

–Eres demasiado mayor para una tarta –dice mamá, y sopla ella las velas–. ¡Y cada vela cuenta por dos!

–Eso sumaría catorce.

–¡No seas tan quisquillosa!

Me como mi *baguette* de cumpleaños. Está deliciosa. Me encanta el queso Philadelphia. ¡Qué rico! ¡Tan bueno! ¡Tan cremoso!

Esa noche, en la cama que comparto con Prinnie, mi hermana de tres años, escribo en mi diario:

«¡¡¡¡Cumpló trece años!!!! Desayuno gachas, como salchichas con patatas fritas, ceno una *baguette*. Consigo veinte libras en total. Cuatro tarjetas y dos cartas de felicitación. ¡¡¡¡Mañana me darán el carné verde (para adolescentes) de la biblioteca!!!! El vecino nos ha preguntado si queríamos unas sillas que iba a tirar. ¡¡¡¡Le hemos dicho que SÍ!!!!»

Miro un momento lo que he escrito. Debería ponerlo todo, pienso. No puedo omitir las cosas malas.

«Unos chicos me gritaron palabrotas en el parque», escribo, muy despacio. «Es porque les está creciendo el pito.»

He leído lo suficiente sobre la pubertad para saber que los incipientes deseos sexuales a menudo empujan a los adolescentes a mostrarse crueles con las chicas.

También sé que, en este caso, no fue el deseo reprimido lo que les llevó a tirarme piedras mientras yo corría cuesta arriba, pero tampoco quiero que mi diario sienta lástima de mí. Soy yo quien decide lo que escribir en él. Y este diario es sólo para la gloria.

Miro lo que he anotado el día que cumpla trece años. Tengo un momento de lucidez de lo más desagradable. Aquí estoy, pienso, compartiendo la cama con una niña pequeña y llevando de pijama la ropa interior térmica que ya no se pone mi padre. Tengo trece años, peso más de ochenta kilos, no tengo dinero, ni amigos, y los chicos me tiran piedras cuando me ven. Es mi cumpleaños y me he acostado a las siete y cuarto de la tarde.

Voy a la última página de mi diario. Es allí donde están mis proyectos «a largo plazo». Por ejemplo, «Mis puntos negativos».

Mis puntos negativos

1) Como demasiado.

2) No hago ejercicio.

3) Tengo ataques de rabia.

4) Lo pierdo todo.

Escribí «Mis puntos negativos» la noche de fin de año. Un mes después, el informe de mis progresos decía:

1) Ya no como galletas de jengibre.

2) Saco a pasear a la perra todos los días.

3) Intento mejorar.

4) Intento mejorar.

Debajo de esto, dibujé una línea e hice una lista nueva:

Cuando tenga 18 años

- 1) Perder peso.
- 2) Tener ropa buena.
- 3) Tener amigos.
- 4) Un perro bien adiestrado.
- 5) ¿Agujeros en las orejas?

Oh, Dios. No tengo ni idea. No tengo ni idea de cómo podré llegar a ser mujer.

Cuando Simone de Beauvoir dijo que «una mujer no nace, se hace», no sabía hasta qué punto esto era cierto.

En los veintidós años que han pasado desde que cumplí trece años, mi visión sobre el hecho de ser mujer se ha vuelto mucho más positiva. Para ser sincera, todo mejoró bastante cuando me hice con un DNI falso, un portátil y una blusa bonita, pero, por muchas razones, no hay regalo más cruel o menos indicado para una niña que los estrógenos y un par de tetas grandes. Si alguien me hubiera preguntado antes de mi cumpleaños, creo que hubiera pedido en su lugar un cheque-regalo para comprar libros o un vale de C&A.

En esa época, como podéis ver, yo estaba demasiado ocupada peleándome con mis hermanos, amaestrando a mi perra y viendo los viejos musicales de la Metro Goldwyn Mayer para hacer un hueco en mi calendario y convertirme en mujer, hasta que, finalmente, me obligó mi glándula pituitaria.

Hacerse mujer es un poco como hacerse famosa. Pues después de ser amablemente ignorada, como casi todos los niños, una adolescente se vuelve de pronto fascinante para los demás, que empiezan a bombardearla con preguntas: ¿Qué talla tienes? ¿Lo has hecho ya? ¿Quieres practicar el sexo conmigo? ¿Tienes carné de identidad? ¿Quieres una calada de esto? ¿Sales con alguien? ¿Usas algún método anticonceptivo? ¿Cómo es tu firma? ¿Sabes andar con tacones? ¿Quiénes son tus héroes? ¿Te vas a hacer una depilación brasileña? ¿Qué clase de pornografía te gusta? ¿Quieres casarte? ¿Cuándo vas a tener hijos? ¿Eres feminista? ¿Sólo estabas coqueteando con ese hombre? ¿Qué quieres hacer? ¿QUIÉN ERES?

Todas preguntas ridículas para una niña de trece años sólo porque ya necesita sujetador. Habría dado lo mismo que se lo preguntaran a mi perra. Yo no tenía ni idea.

Pero, al igual que un soldado arrojado en medio del combate, tienes que aprender, y a toda velocidad. Necesitas reconocer el terreno. Tienes que establecer un plan. Tienes que señalarte unos objetivos, y después avanzar en esa dirección. Porque en cuanto las hormonas se despiertan, no hay manera de pararlas. Como descubrí enseguida, te conviertes en un mono atado dentro de un cohete; un elemento de una bomba de relojería. No existe ningún plan de escape. No puedes interrumpir el proceso, por mucho que lo desees. Esta mierda ocurrirá, te guste o no.

Hay quienes intentan detenerlo, por supuesto: las adolescentes que tratan de ganar tiempo volviendo agresivamente a los cinco años, y obsesionándose con cosas infantiles, y con el color rosa. Llenan sus camas de ositos de peluche para dejar claro que no hay espacio para el sexo. Hablan como bebés para que nadie les haga preguntas de adulto. En el colegio, veía cómo algunas de mis compañeras optaban por no ser mujeres activas –capaces de trazar solas su destino sino princesas que se limitaban a esperar que alguien las «encontrara» y se casara con ellas. Aunque, como es natural, en aquel tiempo yo no lo analizara así. Sólo me daba cuenta de que Katie Parkes se pasaba la clase de matemáticas dibujándose con un boli corazones en los nudillos y enseñándoselos a David Morley, que, en justicia, tendría que haber experimentado sus primeros indicios de excitación sexual al ver mis largas y ejemplares divisiones.

En el extremo más disfuncional están, por supuesto, las chicas kamikaze que libran una guerra contra su pituitaria intentando matarla de hambre o empujarla a la derrota con la anorexia o la bulimia.

Pero el problema de luchar contra uno mismo es que, aun cuando ganes, acabas perdiendo. En algún momento –exhausta y llena de cicatrices– o aceptas que tienes que convertirte en mujer –que eres mujer– o te mueres. Ésa es la verdad brutal que subyace en la adolescencia, que es a menudo una campaña larga y dolorosa de desgaste. Esas chicas que se autolesionan, con una celosía de cortes de cuchilla en brazos y muslos, sólo se recuerdan a sí mismas que el cuerpo es un campo de batalla. Si no tienes ganas de cuchillas, un tatuaje servirá; o incluso perforar el lóbulo de la oreja con la pequeña pistola de Claire's Accessories. Ahí. Ya está. Has dejado una marca en tu cuerpo para reivindicarte, para recordar dónde estás: dentro de ti. En algún lugar. En algún lugar de tu interior.

Y, como ocurre con ganar la lotería o hacerse famoso, no hay ningún manual para llegar a ser mujer, a pesar de lo mucho que está en juego. Bien sabe Dios que, a los trece años, intenté encontrar

uno. Podemos leer sobre las experiencias ajenas (como si intentaras, de antemano, copiar para un examen), pero esta opción me pareció, de por sí, problemática. Pues a lo largo de los siglos, se pueden leer historias de mujeres que, contra todo pronóstico, llegaron a ser mujeres de verdad, pero que acabaron transigiendo, siendo infelices, viendo coartada su libertad o simplemente destruidas porque a su alrededor la sociedad seguía equivocada. Si muestras a cualquier joven una de nuestras heroicas pioneras –Sylvia Plath, Dorothy Parker, Frida Kahlo, Cleopatra, Boudicca, Juana de Arco–, le estarás mostrando casi siempre a una mujer que acabó aplastada. Los triunfos ganados con mucho esfuerzo pueden verse invalidados si vives en un ambiente donde tus victorias se consideran una amenaza, un error, algo de mal gusto o –lo más crucial para una adolescente– que sencillamente no está en la onda. Pocas chicas elegirán hacer lo que está bien –lo que está bien en el fondo de su ser inteligente y luminoso– a costa de quedarse solas.

Así que, aunque *Cómo ser mujer* sea la historia de todas las veces que yo –desinformada, sin preparación, creyendo errónea y funestamente que sabía ponerme un poncho con cierta gracia– no supe ser mujer, en el siglo XXI, limitarse a contar las experiencias ya no parece suficiente. Sí, la vieja «concienciación» feminista continúa teniendo un valor enorme. Cuando se tratan temas como el aborto, las operaciones de estética, los partos, la maternidad, el sexo, el amor, el trabajo, la misoginia, el miedo, o cómo se siente una dentro de su propia piel, las mujeres siguen sin contarse muchas veces la verdad, excepto cuando están muy, muy borrachas. Es posible que el número cada vez mayor de mujeres que, según los estudios, beben compulsivamente, no sea más que un intento de la mujer moderna de mejorar la comunicación entre ellas. O quizá se deba a lo delicioso que está el Sancerre. A decir verdad, yo apostaría por cualquiera de las dos cosas.

Sin embargo, aunque sea vital aportar nuestro grano de arena a lo que realmente es (y no a lo que fingimos que es) ser mujer, seguimos necesitando también un poco de análisis, de polémica y del rollo de «esto tiene que cambiar». Ya sabes. Feminismo.

Y es aquí donde aparece el segundo problema. El feminismo, pensarás, abarcará todo eso. Pero el feminismo..., bueno, es lo que es. Y ha llegado a un punto muerto. En los últimos años he buscado una y otra vez respuestas en el feminismo actual, hasta comprender que lo que una vez fue la revolución más emocionante, incendiaria y eficaz de todos los tiempos parece haberse reducido, no sé por qué, a un par de argumentos cada vez más débiles, que defienden dos docenas de feministas eruditas en unos libros que únicamente leen ellas, y de los que se habla a las once de la noche en la BBC4. He aquí mis motivos de queja:

- 1) El feminismo es demasiado importante para dejarlo sólo en manos de eruditos. Y más pertinentemente:
- 2) No soy una feminista erudita, pero, por el amor de Dios, el feminismo es algo tan serio, urgente y trascendental que ha llegado el momento de que lo defienda una desenfadada columnista de periódico de gran formato, amén de crítica de televisión a tiempo parcial, con una ortografía horrible. Cuando un asunto es emocionante y divertido quiero participar en él, no quedarme mirando desde fuera. ¡Yo también tengo algo que decir! ¡Camille Plagia está COMPLETAMENTE EQUIVOCADA con Lady Gaga! ¡La organización feminista Object pierde los papeles cuando habla de pornografía! ¡Germaine Greer, mi heroína, está mal de la cabeza cuando opina sobre la transexualidad! Y nadie habla de la revista *OK!*, los bolsos de seiscientas libras, las bragas enanas, las depilaciones brasileñas, las noches de juerga sólo para mujeres o Katie Price.

Y son los temas que hay que abordar. Y hay que hacerlo como si fuera un partido de rugby, con el rostro hundido en el barro y muchos gritos alrededor.

El feminismo tradicional dirá que estos temas no son los importantes, que debemos centrarnos en lo fundamental: la desigualdad salarial, la ablación femenina en el Tercer Mundo y la violencia de género. Y es obvio que éstos son asuntos urgentes, vergonzosos e injustos, y que el mundo no podrá ir con la frente alta hasta que se solucionen.

Pero todos esos otros problemas más pequeños, estúpidos y cotidianos son, en muchos sentidos, igual de nocivos para la tranquilidad espiritual de las mujeres. Es la filosofía de la «Ventana Rota» aplicada a la desigualdad femenina. En la teoría de la «Ventana Rota», basta dejar una ventana rota sin reparar en un edificio vacío para que los más vándalos empiecen a romper las demás. Al final se colarán en el edificio, y encenderán fogatas o se convertirán en okupas.

De la misma manera, si vivimos en un ambiente donde se considera desagradable el vello púbico femenino, o se ridiculiza constantemente a las mujeres famosas o poderosas por estar demasiado gordas o demasiado flacas, o por ir mal vestidas, la gente empezará a colarse en el interior de las

mujeres y encenderá fogatas allí. Las mujeres tendrán okupas. Francamente, no es una situación nada agradable. No me gustaría despertarme una mañana y encontrar a un montón de oportunistas en mi vestíbulo.

Cuando Rudy Giuliani fue nombrado alcalde de Nueva York en 1993, su fe en la teoría de la «Ventana Rota» le llevó a poner en práctica la política de «Tolerancia Cero». El crimen descendió de manera espectacular, significativamente, y continuó haciéndolo diez años.

Personalmente, creo que ha llegado el momento de que las mujeres inicien su propia política de Tolerancia Cero con las Ventanas Rotas de su vida. Quiero una política de Tolerancia Cero con «Toda Esa Mierda Del Patriarcado». Y lo mejor de una política de Tolerancia Cero con Esa Mierda De Ventanas Rotas del Patriarcado es que, en el siglo XXI, no tenemos que manifestarnos contra los modelos de talla cero, la hilarante pornografía, los clubs de bailes eróticos o el bótox. No tenemos que amotinarnos, ni que empezar una huelga de hambre. No hay necesidad de que nos arrojemos a los pies de un caballo, ni siquiera de un burro. Sólo tenemos que mirar las cosas de frente, directamente, y luego echarnos a reír. Parecemos más apasionadas cuando nos reímos. La gente nos desea cuando nuestra risa es natural y relajada.

Es posible que no les parezcamos tan atractivas cuando golpeamos las mesas con el puño gruñendo «¡ARRG! ¡ARRG! ¡Sí, esto ES lo que hay! ¡JÓDETE, patriarcado!», antes de atragantarnos con un puñado de patatas fritas.

No sé si podemos seguir hablando de «olas» dentro del movimiento feminista. Según mis cálculos, la próxima sería la quinta; y sospecho que es más o menos en la quinta ola cuando uno deja de referirse a olas individuales para decir sencillamente que la marea sube.

Pero si tiene que haber una quinta ola de feminismo, espero que se distinga de todas las anteriores por que las mujeres se enfrenten a las dificultades, la desconexión y las tonterías de ser una mujer moderna no dando gritos, interiorizándolas o peleando, sino señalándolas y diciendo «¡AJÁ!».

De modo que sí. Si hay una quinta ola, ésta es mi contribución. Mi cubo lleno. Un relato bastante exhaustivo de todas las ocasiones en que tuve muy poca, o en muchos casos, ninguna idea... de cómo ser mujer.

1. ¡TENGO LA REGLA!

Creía que era algo opcional. Sé que las mujeres tienen la regla todos los meses, pero nunca pensé que pudiera ocurrirme a mí. Había supuesto que podría librarme, quizá porque no me hace ninguna gracia. La verdad es que no me parece ni útil ni divertido, y no hay manera de que encaje en mis planes.

¡No debes preocuparte!, me digo alegremente, mientras hago los diez abdominales de la noche. ¡El capitán Moran no va a pasar por eso!

Me estoy tomando muy en serio la lista de «Cuando tenga 18 años». He activado la campaña «pérdida de peso»: no sólo sigo sin comer galletas de jengibre, sino que además hago cada noche diez abdominales y diez flexiones. En casa no tenemos espejos de cuerpo entero, así que no tengo ni idea de cómo voy, pero imagino que, con este régimen de campamento militar, en Navidad estaré tan esbelta como Winona Ryder.

Hacía sólo cuatro meses que sabía que iba a tener la regla. Mi madre jamás nos había hablado del tema. «Pensé que os enterarías viendo *Luz de luna*», me contestó, distraídamente, años después cuando se lo pregunté. Y si descubrí lo de la menstruación, fue gracias a un prospecto de tampones que alguna colegiala había metido en nuestro seto al pasar por delante de casa.

–No quiero hablar de eso –dice Caz cuando entro en la habitación con el prospecto, e intento enseñárselo.

–Pero ¿has visto? –le pregunto, sentándome en un lado de su cama.

Ella se va al otro extremo. A Caz no le gusta la «proximidad». Se vuelve muy irascible. En una casa de protección oficial con tres dormitorios y donde viven siete personas, ella está casi siempre furiosa.

–Mira..., aquí está el útero, y aquí la vagina, y el tampón se extiende a lo largo y a lo ancho para rellenar el... agujero –le digo.

Sólo he leído el prospecto por encima. La verdad es que me ha impresionado mucho. El corte transversal del sistema reproductivo femenino parece muy complicado, y nada práctico, como una de esas jaulas carísimas para hámsters de la marca Rotastak, llenas de túneles por todas partes. Y, bueno, no estoy nada segura de querer todas esas cosas dentro. Creo que pensaba que sólo estaba hecha de carne compacta, desde

la pelvis hasta la nuca, con los riñones embutidos en algún lugar. Como una salchicha. No sé. La anatomía no es mi punto fuerte. Me gustan las novelas románticas del siglo XIX, donde las heroínas se desmayan bajo la lluvia, y las memorias de guerra de Spike Milligan. No se habla mucho de la menstruación en ellas. Todo esto me parece un poco... innecesario.

–Y pasa todos los meses –le digo a Caz, que se ha metido debajo del edredón completamente vestida y con las botas de agua puestas.

–Quiero que te vayas –dice bajo el edredón–. Estoy haciendo como si estuvieras muerta. Lo último que quiero es hablar de la menstruación contigo.

Mi voz se desvanece.

Nil desperandum! –pienso–. ¡Siempre encontraré a alguien que me escuche y con quien compartir una alegre charla!

La estúpida perra nueva está debajo de la cama. Se ha quedado preñada de Oscar, un perro enano que vive al otro lado de la calle. No entendemos cómo ha podido ocurrir, ya que Oscar es uno de esos perrillos falderos, apenas un poco más grande que una lata de judías de tamaño familiar, y la estúpida perra nueva un pastor alemán adulto.

–Ha tenido que excavar un hoyo en el suelo para acucillarse dentro –dice Caz, horrorizada–. Debía de morirse por hacerlo. Tu perra es una puta.

–Dentro de poco seré mujer, perra –le digo.

Ella se lame sus partes. Me doy cuenta de que lo hace siempre que le hablo. Todavía no sé qué pensar, pero creo que me entristece un poco.

–He encontrado un prospecto, y dice que pronto tendré mi primera regla –continúo–. Si te soy sincera, perra, estoy un poco preocupada. Creo que me va a doler.

La miro a los ojos. Tiene el cerebro de una mosca. Un vacío infinito es lo que se ve en su mirada.

Me levanto.

–Voy a hablar con mamá –le explico.

La perra sigue debajo de la cama, con pinta, como siempre, de estar terriblemente nerviosa por ser un perro.

Sigo las huellas de mamá hasta que la encuentro en el baño. Está embarazada de ocho meses y lleva en brazos a Cheryl, que tiene un año y está dormida, mientras intenta hacer pis.

Me siento en el borde de la bañera.

–Mami –digo.

No sé por qué, tengo la impresión de que sólo puedo hacer una pregunta sobre el tema. Una única oportunidad para hablar del «ciclo menstrual».

–¿Sí? –contesta.

Aunque está haciendo pis y sujeta a un bebé dormido, se las arregla para separar la ropa blanca del cesto de la ropa sucia.

–Bueno..., mi período –susurro.

–¿Sí? –dice.

–¿Me dolerá? –pregunto.

Lo piensa unos instantes.

–Sí –responde, finalmente–. Pero no pasa nada.

Entonces el bebé comienza a llorar, así que nunca me explica por qué «no pasa nada». Y aún no lo sé.

Tengo mi primer período tres semanas más tarde. Lo vivo con gran desolación. Me viene cuando estoy en el coche, camino de la Biblioteca Central, y me obliga a caminar media hora por la sección de «no ficción», esperando desesperadamente que no se me note antes de que papá vuelva a llevarnos a casa.

«Tengo mi primera regla: ¡puaj!», escribo en el diario.

–No creo que Judy Garland tuviera nunca el período –comento apesadumbrada a la perra aquella misma noche. Estoy contemplando mis lágrimas en un pequeño espejito de mano–. Ni Cyd Charisse. Ni Gene Kelly.

La bolsa de compresas Pennywise que mi madre guarda detrás de la puerta del baño ha pasado a ser asunto mío. Siento pesar y envidia de mis hermanas pequeñas, que aún no tienen nada que ver con ella. Las compresas son gruesas, y baratas; se me pegan a las bragas, como si llevara un colchón entre las piernas.

–Es como si llevara un colchón entre las piernas –le cuento a Caz.

Estamos jugando con nuestras muñecas Sindy. Bonnie, la de mi hermana, lleva cuatro horas asesinando en secreto a todos los pasajeros de un lujoso crucero. La mía, Layla, intenta resolver el misterio. Bernard, el Action Man de una sola pierna, sale con las dos al mismo tiempo. Nos peleamos continuamente por la propiedad de Bernard, aunque su verdadero dueño es Eddie. Ninguna de las dos quiere que su Sindy se quede soltera.

–Un colchón horrible y muy grueso –continúo–. Como el de *La princesa del guisante*.

–¿Son muy largas? –me pregunta Caz.

Diez minutos después hay diez compresas Pennywise en el suelo, como si fuera un dormitorio, y varias Sindys duermen sobre ellas.

–¡Qué suerte! –exclamo–. Es como cuando descubrimos que las coles de Bruselas eran exactamente iguales que un repollo Sindy. ¿Ves, Caz?, ¡éste es el lado positivo de la menstruación!

Como las compresas son baratas, se me desmenuzan entre los muslos cuando ando, y entonces no sirven de nada porque calan. Dejo de salir a pasear mientras tengo la regla. Mi primera regla dura tres meses. Pienso que es algo completamente normal. Me desmayo a menudo. Estoy tan anémica que las uñas de las manos y los pies se me vuelven de un color azul muy pálido. No se lo digo a mamá, porque ya le hice mi pregunta sobre la regla. Ahora sólo tengo que acostumbrarme.

La sangre en las sábanas es deprimente: no es roja y dramática como en un asesinato, sino marrón y anodina como en un accidente. Es como si yo estuviera oxidada por dentro y ahora me estuviese rompiendo. Para no tener que lavar a mano las manchas por la mañana, me meto un montón de papel higiénico en las bragas junto con la inútil compresa, y procuro estar muy quieta, muy quieta toda la noche. A veces encuentro coágulos enormes de sangre que me recuerdan a trozos de hígado crudo. Supongo que es la envoltura de mi útero cayendo en capas de un centímetro de grosor, y que es así como funciona la menstruación. Todo esto aumenta la penosa sensación de que algo funciona terriblemente mal, pero va contra las reglas del juego mencionarlo siquiera. Pienso a menudo en todas las mujeres que, a lo largo de la historia, han tenido que enfrentarse a esta invención absurda y espantosa sólo con trapos y agua fría.

No me sorprende que las mujeres hayamos estado tanto tiempo oprimidas por los hombres, pienso restregando mis bragas con un cepillo de uñas y un jabón de brea en el cuarto de baño. Quitar la sangre seca del algodón es un coñazo. Estábamos tan ocupadas frotando y frotando que no pudimos hacer campaña a favor del voto femenino hasta que aparecieron las primeras lavadoras.

Aunque Caz es dos años menor que yo, tiene su primera regla seis meses después, justo cuando empieza mi segunda menstruación. Entra

llorando en mi cuarto, mientras todos duermen, y me dice al oído la frase terrible: «Me ha venido la regla.»

Le enseño la bolsa de compresas que hay detrás de la puerta del baño y le explico lo que debe hacer.

–Métete una en las bragas, y no andes los tres próximos meses –le digo–. Es muy sencillo.

–¿Duele? –pregunta, con los ojos muy abiertos.

–Sí –contesto, como si fuera una autoridad en la materia–. Pero no pasa nada.

–¿Por qué no pasa nada? –quiere saber.

–No sé –respondo.

–Entonces, ¿por qué lo dices? –pregunta.

–No sé.

–¡Dios! ¿Por qué te molestas en hablar? ¡Dices unas tonterías!

Caz tiene unos retortijones horribles. Pasa las reglas metida en su habitación con las cortinas cerradas y una bolsa de agua caliente, y grita «vete a la mierda» a todo el que intenta entrar en el cuarto. Como parte de su filosofía hippie, mi madre no «cree» en los analgésicos y nos anima a buscar remedio en las plantas medicinales. Leemos que en teoría la salvia ayuda y, sentadas en la cama, nos atiborramos de salvia y de cebolla, llorando. Nos cuesta creer que tengamos que convivir con eso los próximos treinta años.

–De todos modos, no quiero tener hijos –dice Caz–. Así que no voy a sacar nada de esto. Quiero que me quiten todo el sistema reproductivo, y lo sustituyan por otro juego de pulmones, para cuando empiece a fumar. Quiero esa alternativa. Esto no tiene sentido.

Llegados a este punto, no parece haber nada recomendable en el hecho de ser mujer. Las hormonas sexuales son un coñazo que ha convertido a una niña risueña como yo en una lavandera que sangra, llora y se desmaya. No me hacen sentirme femenina: por las noches me acuesto sintiéndome muy desgraciada, y el bulto de la compresa en mis bragas parece una polla.

Me desvisto, muy abatida, mientras saco el camisón del armario. Cuando me doy la vuelta, la perra ha salido sigilosamente de debajo de la cama y ha empezado a comerse mi compresa ensangrentada. Hay trozos de algodón rojo por todo el suelo, y mis bragas cuelgan de su hocico. Me mira, angustiada.

–¡Oh, Dios!, tu perra es una vampira lesbiana –dice Caz desde su cama, dándose la vuelta para dormir.

Voy a rescatar mis bragas y me desmayo.

En medio de esta penumbra hormonal, sin embargo, acaba apareciendo la caballería, sobre la colina, con el ruido metálico de sus espuelas y el brillo del sol en sus charreteras: mi carné verde de la biblioteca. Ahora que tengo trece años, puedo sacar libros de adulto de la biblioteca sin tener que pedir el carné a mis padres. Y eso significa que puedo sacar libros prohibidos. Libros sucios. Libros con sexo.

–He tenido unos sueños... –le cuento a la perra mientras vamos andando a la biblioteca.

La biblioteca está al otro lado del parque público, una extensión de hierba enorme y desierta, donde uno tiene que estar siempre al acecho de los Vándalos. No merece la pena armarse de valor y cruzarlo por el centro, es demasiado arriesgado. Hay que pegarse a los bordes exteriores, cerca de las casas, para que, en caso de ataque, los vecinos puedan ver bien cómo te patean la cabeza sin tener que coger sus prismáticos.

–Unos sueños con... hombres –prosigo.

Miro a la perra. La perra me mira. Creo que la perra tiene derecho a saber la verdad sobre lo que está pasando. Le debo eso, al menos.

–Estoy enamorada de Chevy Chase –le confieso, en un arranque súbito y feliz–. Lo vi en «Call Me Al», el vídeo de Paul Simon del disco *Graceland* de 1986, con la Warner Bros., y no puedo dejar de pensar en él. He soñado que me besaba, y su boca era muy excitante. Voy a pedirle a papá que alquilemos *Tres amigos* el viernes cuando vayamos al videoclub.

Sacar *Tres amigos* no va a ser fácil; el próximo vídeo que tenemos reservado es *Howard: un nuevo héroe*. Tendré que hacer verdaderas filigranas para conseguirlo, pero merecerá la pena. Lo que no le he contado a la perra aún es que la idea de besar a Chevy Chase me excita tanto que ayer escuché dieciséis veces seguidas «Call Me Al», imaginando que él me acariciaba la cara, mientras Paul Simon tocaba el solo de bajo. Chevy me pone tan cachonda. Incluso he pensado en las primeras palabras que le diría..., las que conquistarían su corazón.

«¿Chevy Chase?», le preguntaría en una fiesta muy parecida a las que he visto en *Dinastía*. «¿Tiene algo que ver con Cannock Chase?»

Cannock Chase está justo al lado de la A5 en dirección a Stafford.

Chevy Chase, el actor de cine y cómico de Los Ángeles, entenderá mi broma, y le encantará.

Por supuesto, me he enamorado antes. Bueno, una vez. Y no acabó demasiado bien. Cuando tenía siete años, vi un episodio de *Buck Rogers* y me volví loca por ese estúpido vaquero norteamericano del espacio, tan claramente inspirado en Han Solo que podrían haberlo llamado San Holo y haberlo sacado a pasear en el Fillennium Malcon, con Bewchacca.

Mientras las nuevas sustancias químicas del amor (el Bucknesio y la Rogertonina) me recorren el cuerpo, yo descubro qué es el amor, y me doy cuenta de que sólo es sentirse muy... interesada. Más interesada de lo que había estado jamás por nada.

Me interesaba absolutamente todo lo que tuviera que ver con Buck. Sólo mirar su cara era interesante. Cómo se paraba cerca de una puerta = interesante. Cómo sujetaba la pistola láser de plástico como si pesara una barbaridad = interesante. La música de la película está tan cargada de deseo y de Buck Rogers que, veintiocho años después, todavía me estremezco cuando la oigo.

Obviamente, aquellos sentimientos tan intensos no eran fáciles de manejar, así que hice lo que hacíamos siempre que pasaba algo importante. Agarré a Caz, que tenía entonces cinco años, y la metí conmigo en el armario de la caldera. Como hacían las hermanas Mitford, aunque probablemente el suyo fuera mucho más grande y no olierá ni a detergente Bold, ni a cagarrutas de ratón ni a pedo.

–Caz –le dije, cerrando la puerta todo lo que pude, con una expresión maravillada–. Tengo algo increíble que contarte.

Hice una pausa, mirándola fijamente.

–Estoy... ENAMORADA de Buck Rogers. No se lo cuentes a mamá.

Caz asintió con la cabeza.

Liberada por fin de mi carga, abrí la puerta de nuevo e hice un gesto a Caz para que saliera. La vi recorrer el pasillo y bajar la escalera. Escuché cómo abría la puerta del salón.

–Mamá, Cate está enamorada de Buck Rogers –dijo.

Y entonces, en ese preciso instante, mientras la humillación me quema como ceniza encendida, aprendo que el amor es sufrimiento, que debe mantenerse siempre en secreto, y que Caz es una cobarde hija de puta de la que no me puedo fiar.

Todo esto me fue muy útil posteriormente. Aprendí mucho en el armario de la caldera aquel día. Veinte minutos después, estaba rellenando de guisantes congelados la funda de la almohada de Caz mientras murmuraba furiosa: «Empieza la guerra.»

Pero aunque hubiera aplastado mis sentimientos amorosos durante mucho tiempo, la avalancha hormonal de la adolescencia hacía imposible que siguiera ignorándolos. La niña con trenzas de trece años que rodea el parque y habla con su perra preñada está, de hecho, loca de deseo.

–Voy a sacar el libro de *Fletch* –le explico a la perra. *Fletch* es una película muy mediocre del momento, con Chevy Chase como actor principal–. Seguro que trae una foto de Chevy en la cubierta; voy a mirar la foto de Chevy y luego la copiaré en mi «Libro del Amor».

El «Libro del Amor» es un invento reciente. En la tapa pone «Libro de Inspiración», pero en realidad es el «Libro del Amor». De momento, tengo en él nueve fotografías de la Duquesa de York y otra muy pequeña de la rana Gustavo, que recorté de la revista *Radio Times*. Adoro a la Duquesa de York. En 1988 está muy gorda, pero casada con un príncipe. Me hace tener esperanzas en el futuro.

He planeado exactamente lo que voy a hacer con el libro de *Fletch*. Cuando llegue a casa, lo envolveré en una camiseta y lo esconderé en el fondo del cajón de mis bragas para que papá y mamá no lo vean. Es muy importante que mis padres no se enteren de que empiezo a enamorarme de la gente, porque entonces puede que se den cuenta de que me estoy haciendo mayor; y estoy intentando más o menos guardarlo en secreto. Creo que eso desencadenaría algún tipo de incidente.